

RECOPIACIÓN DE CUENTOS COEDUCATIVOS

- 1 “RUBÍ, LA IMPRUDENTE”
- 2 “ARTURO Y CLEMENTINA”
- 3 “CAÑONES Y MANZANAS”
- 4 “HISTORIA DE LOS BONOBOBOS CON GAFAS”
- 5 “UNA FELIZ CATÁSTROFE”
- 6 “ROSA Y CAMELO”
- 7 “AZUL Y ROSA”
- 8 “MI MAMÁ ES PRECIOSA”
- 9 “LAS CINCO MUJERES DE BARBANEGRA”
- 10 “MIKO Y LALY”
- 11 “CUENTO SIN TÍTULO”
- 12 “EL BELLO DURMIENTE”
- 13 “DE MAYOR QUIERO SER JUEZA”
- 14 “DE MAYOR QUIERO SER INGENIERA”
- 15 “DE MAYOR QUIERO SER MÉDICO”

1 “RUBÍ, LA IMPRUDENTE”

Hiawyn Oram . Tony Ross

Colección La nube de Algodón. Editorial TIMUN MAS

Érase una vez una niña llamada Rubí, que resplandecía como la piedra preciosa que llevaba por nombre. La gente no podía dejar de mirarla.

-Rubí es tan bonita...! -decían todos-. ¡Tan preciosa...!

-Si lo sabré yo –contestaba la madre-. Rubí es tan preciosa que yo la llamo así:
¡Preciosa! Es tan preciosa que, cuando sea mayor, espero que se case con un príncipe que la envuelva en algodones y sólo la saque para asistir a brillantes banquetes.

Rubí procuraba no oír esas horribles predicciones referentes a su futuro. Pero las hacían con tanta frecuencia que, ya harta, fue a pedirle consejo a su amigo Harvey.

-Podrías intentar no ser preciosa –dijo Harvey.

-Pero... ¿cómo? –preguntó Rubí.

-Volviéndote imprudente –propuso Harvey.

Así pues, Rubí se volvió imprudente. Muy, muy imprudente. Llegó al extremo de decirles a todos los niños del patio que ella sabía volar...

... y como no sabía, acabó con cuatro puntos en la cabeza.

-¡Oh, Rubí, mi preciosa niña! –gimió su madre-. Si no tienes más cuidado, nunca llegarás a casarte con un príncipe que te envuelva en algodones y sólo te saque para asistir a brillantes banquetes.

“¡BIEEEN!, pensó Rubí...

... y se volvió aún más imprudente y afirmó que podía bailar como una bailarina rusa sobre el manillar de una bicicleta en movimiento...

... y se ganó otros cuatro puntos en la cabeza, porque no sabía hacerlo.

-¡Oh, mi querida Rubí! –exclamó su abuela-. ¡Ocho puntos, y ni siquiera tienes siete años! Si no vas con más cuidado, nunca llegarás a casarte con un príncipe que te envuelva en algodones y sólo te haga salir para dar órdenes a los criados.

“¡ESTUPENDO!”, pensó Rubí...

... y se volvió aún más imprudente y subió a un barco y, cuando el capitán la encontró, dijo que su padre era un ogro que llevaba un traje a rayas, y su madre una loba con tejanos descoloridos, y que, si la mandaban a casa, la devorarían.

Eso obligó a su padre a regresar antes de la oficina, muy enfadado.

-No podemos continuar así, Rubí –dijo-. Si no dejas de mentir y no vas con más cuidado, nunca llegarás a casarte con un príncipe, y eso nos disgustaría mucho a tu madre y a mí.

-Lo siento –murmuró Rubí, que de nuevo mentía...

... y continuó tan imprudente que afirmó poder saltar a una pecera desde cualquier tejado...

... y colgarse de un rascacielos sólo sujeta por los cordones de sus zapatos...

... y caminar sobre el agua con botas de plomo...

... y cruzar sin ayuda el Cañón de Cheddar...

... y tragar fuego

y espadas

y un puerco espín...

... y meterse en la jaula de una serpiente

y darle la mano a un pulpo...

...y fumarse cinco puros entre los arbustos, sin sentir mareo...

... y tuvo que pasar seis semanas en el hospital porque... no podía. O, mejor dicho, no sin romperse las dos piernas, cinco costillas y diez dedos, llevar los dos ojos morados, dieciséis puntos en la frente, ocho cardenales en el cuerpo y tener una sensación muy, muy rara en el estómago.

Cuando sus padres fueron a visitarla, no estuvieron nada contentos.

-Eres una niña muy, muy imprudente –dijeron.

-¿Ya no soy preciosa? –preguntó Rubí.

-¡Nada preciosa! –lloró la madre.

-¿Nada, nada preciosa? –insistió Rubí.

-¡Nada, nada preciosa! –contestó el padre.

-¿No lo suficientemente preciosa como para casarme con un príncipe que me envuelva en algodones y sólo me haga salir para asistir a brillantes banquetes o dar órdenes a los criados?

-¡Desde luego que no! –sollozó la madre.

-¡En absoluto! –gimió el padre.

-¡YUPPIII...! –gritó Rubí..., e inmediatamente se encontró mejor y corrió a ver a Harvey-. ¡Todo arreglado, Harvey! Ya puedo dejar de ser imprudente, y hacerme mayor.

-¿Y te casarás conmigo? –preguntó Harvey, lleno de esperanza.

-¡Y seré bombero! –exclamó Rubí, feliz.

2 “ARTURO Y CLEMENTINA”

Autora: Adela Turín . Editorial: Lumen

Una hermosa mañana de primavera, Clementina y Arturo, dos jóvenes y hermosas tortugas rubias, se conocieron al borde de un estanque.

Y aquella misma tarde decidieron casarse.

Proyecto de Coeducación

Clementina, alegre y despreocupada, hacía mil planes para su vida futura, mientras paseaban a la orilla del estanque y pescaban, de vez en cuando, un pececillo para la cena.

Clementina decía:

“Ya verás qué felices seremos:

viajaremos y descubriremos otros estanques y otras tortugas. Encontraremos otras clases de peces, otras plantas y otras flores, a lo largo de los ríos. La vida será maravillosa.

Iremos incluso al extranjero... Mira, siempre he soñado con visitar Venecia...”

Y Arturo sonreía, aparentemente de acuerdo.

Pero los días pasaron, todos iguales, al borde del estanque. Arturo había decidido ir él solo a pescar, para que Clementina pudiera descansar. A la hora de la cena, llegaba cargado de renacuajos y caracoles, y le preguntaba a Clementina:

“¿Cómo estás, cariño? ¿Has pasado un buen día?”

Y ella suspiraba:

“Me he aburrido mucho, ¡todo el día sola y esperándote!”

“¿¿¿Te has aburrido???” se indignaba Arturo, “¿Aburrido? Pues busca algo que hacer, el mundo está lleno de ocupaciones interesantes.

¡Sólo se aburren los tontos!”

Clementina se avergonzaba de ser tonta, pero se seguía aburriendo igual.

Un día, cuando volvió Arturo, Clementina le dijo:

“Me gustaría tener una flauta. Aprendería a tocarla y la música me distraería. Incluso podría inventar bonitas canciones...”

A Arturo la idea le pareció absurda:

“¿Tú? ¿Tocar la flauta, tú? Estoy seguro de que ni siquiera conseguirías distinguir las notas.

Te conozco bien. Además, cantas fatal.”

Aquella misma noche, Arturo llegó con un bonito gramófono y con un disco, y lo ató a la casa de Clementina, mientras le decía:

“Bien, así no lo perderás... ¡Eres tan distraída!” Clementina le dio las gracias. Pero aquella noche le costó dormirse. Se preguntaba por qué tenía que cargar con aquel pesado gramófono en lugar de con una ligera flauta, y si era verdad que no habría podido aprender solfeo y que era tan distraída.

Después, un poco confusa, decidió que probablemente era así, puesto que Arturo, que era tan inteligente, lo decía. Y, con un suspiro resignado, se durmió.

Durante algún tiempo, Clementina escuchó el disco. Después se cansó.

El gramófono era, de todos modos, un objeto bonito, y se entretuvo limpiándolo y sacándole brillo. Pero, pasados unos días, volvió a aburrirse terriblemente.

Y un atardecer, mientras veían cómo se elevaba la luna sobre el mismo pequeño estanque de siempre, Clementina dijo:

“Sabes, Arturo, algunas veces veo unas flores muy bonitas y de colores tan extraños, que de dan ganas de llorar... Me gustaría tener una caja de pinturas y poder copiarlas.”

“¡Vaya idea ridícula!, respondió Arturo.

“¿Acaso te crees una artista? ¡Qué bobada!” Y reía, reía, reía...

Clementina pensó:

“Vaya, ya he vuelto a decir una tontería.

Tengo que ir con mucho cuidado, o Arturo se arrepentirá de tener una esposa tan estúpida.”

Y se esforzó en hablar lo menos posible.

Arturo se dio cuenta enseguida.

“Tengo una compañera realmente aburrída.

No habla nunca, y, cuando habla, no dice más que tonterías”, pensó.

Pero se sentía un poco culpable y, a los pocos días, compareció con un gran paquete.

“Mira, he encontrado a Román, mi amigo pintor, y le he comprado un bonito cuadro para ti. Decía que te interesaba la pintura...Aquí está.

Átate bien, porque, con lo descuidada que eres, podrías perderlo. Y es caro”

La carga de Clementina aumentó poco a poco.

Un día se añadió una jarrón de Murano.

“¿No decías que te gustaba Venecia?

¡Pues aquí tienes, cristal veneciano!

Ten cuidado de que no se te caiga. ¡Eres tan torpe!”

Otro día, Arturo compareció con una colección de pipas austríacas, dentro de una vitrina.

Después fue una enciclopedia de doce volúmenes, que hizo suspirar a Clementina: “¡Si por lo menos supiese leer!”

Llegó el momento en que hubo que añadir otro piso a la casa de Clementina: Los objetos se amontonaban a decenas.

Clementina, con su casa de dos pisos a las espaldas, ya no podía moverse.

Arturo le llevaba la comida y esto le hacía sentirse importante. “¿Qué harías tú sin mí?”, le decía.

“Claro”, suspiraba Clementina. “¿Qué haría yo sin ti?”

Poco a poco, el segundo piso también estuvo lleno. Arturo encontró la solución: Tres nuevos pisos se sumaron a los dos primeros.

La casa de Clementina era ya una rascacielos cuando, una mañana de primavera, decidió que aquello no podía seguir.

Se deslizó sobre las puntas de los dedos de los pies por la puerta de atrás y salió a dar un paseíto.

Fue maravilloso pero corto: Arturo vendría a comer y tendría que encontrarla en casa.

Como siempre.

Poco a poco, el paseíto se convirtió en una costumbre y Clementina estaba cada día más satisfecha de su nueva vida.

Arturo no sabía nada, pero sospechaba que ocurría algo.

“¿Por qué sonríes todo el rato?”, dijo. “¡Pareces tonta!”

Pero esta vez a Clementina no le preocupó en absoluto.

Ahora salía de casa en cuanto Arturo volvía la espalda.

Arturo la encontraba cada día más rara, y la casa más desordenada, pero Clementina era feliz y las regañinas habían dejado de importarle.

Y un día, Arturo encontró la casa vacía.

Se sintió sorprendido, indignado, despechado. Mucho más tarde, al contar su historia, les decía a sus amigos:

“¡Qué ingrata, la tal Clementina!

No le faltaba de nada, veinticinco pisos tenía su casa.

¡Veinticinco pisos! ¡Y llenos de tesoros...!”

Las tortugas viven muchísimos años. Seguramente Clementina sigue viajando por el mundo. Tal vez toque la flauta o pinte hermosos cuadros...

Si encuentras una tortuga sin casa, llámala:

¡Clementina! ¡Clementina!

Quizás te responda, pero no es seguro: muchas otras tortugas han seguido su ejemplo.

3 “CAÑONES Y MANZANAS”

Autora: Adela Turín. Editorial: Lumen.

En el castillo del rey Valerio nadie se acordaba ya de la primera guerra. Ni los ministros ni los consejeros, ni los secretarios ni los observadores, ni los directores ni los relatores, ni los periodistas ni los redactores. Y tampoco los generales, los coroneles, los sargentos, los capitanes ni los cabos.

Ni siquiera Terencio Furioso, el más viejo de los soldados, cosido y recocado, ojo de cristal, pata de palo, mano de garfio. Porque después de la tercera, la cuarta, la quinta, y después la guerra número veinte, y la veintiuno, que aún duraba.

Y nadie en el castillo del rey Valerio se acordaba ya de los melocotones, ni de las golondrinas, ni de los gatos siameses, ni de la mermelada de frambuesa, ni de los rábanos, ni de la colada tendida a secar sobre el prado verde.

El rey Valerio hacía planes fabulosos para la guerra número veintidós:

-No quedará en pie un solo árbol, no quedará ni una brizna de hierba, ni un trébol ni un saltamontes –anunciaba-. Tenemos el arma definitiva, la fumigación infernal, el rayo funesto, el gas maléfico, el cañón fatal. Generales y ministros, secretarios y consejeros aplaudían con entusiasmo. Debemos añadir que el rey Valerio era, en opinión de todos, un tipo impaciente, iracundo, caprichoso, colérico, malhumorado, áspero, un tipo astuto, cazurro y grosero: podía pasar pues por el mejor de los monarcas y el más amante de los padres.

El castillo estaba en lo alto de una colina.

El rey Valerio ocupaba el piso veinte. En el piso duodécimo estaban los informadores y los periodistas, en el décimo los ministros y los secretarios, en el quinceavo los generales y los coroneles. En el piso sexto vivían Teofrasto, Nefasto y Funesto, los tres magos, íntimos amigos del rey, que poseían cada uno una caja mágica.

La caja de Teofrasto era rosa y plata, y hacía que llegaran lejísimos, más allá de las colinas y los campos de batalla, las palabras del rey, sin que se perdiera ni una sola sílaba.

La cajita de Funesto era transparente y permitía al rey Valerio ver todo aquello que sucedía en los rincones más apartados de su reino.

En el piso cincuenta y último, junto con 174 viudas, huérfanas y huérfanos de guerra, vivían la reina Delfina y la princesa Melina.

El palacio no tenía balcones ni terrazas, y de lunes a viernes las balas, los torpedos, las granadas y otros proyectiles se estrellaban contra los muros o golpeaban los cristales blindados de las ventanas.

Para tomar un poco de aire, vaciar los ceniceros y sacudir las alfombras, había que esperar hasta la tregua del sábado y el domingo.

La tregua había sido decretada por el bisabuelo del rey Valerio, al cual, en aquellos tiempos felices en que había todavía peces en los ríos, le gustaba ir a pescar sin correr el riesgo de que le llenaran el cuerpo de plomo.

La reina Delfina era una reina triste y la princesa Melina era una niña melancólica. Tras las dobles ventanas blindadas, en las grandes salas y los largos corredores del último piso del castillo, la vida era, aunque vivían en permanente alarma, aburrida y monótona.

Una cajita, regalo de Teofrasto, difundía a todas horas las noticias de la guerra por todas las habitaciones. Por suerte la voz no llegaba hasta la cocina, y allí se refugiaban Delfina y Melina, angustiadas, para intentar olvidarse de la guerra. En la cocina, Melina jugaba a construir pirámides y castillos con los miles de latas de conservas que llenaban los armarios hasta el techo. Mientras jugaba, examinaba las etiquetas con curiosidad:

-¿Qué es esta cosa roja, mamá? –preguntaba.

-Una manzana –respondía Delfina.

Melina insistía:

-¿Pero qué es una manzana?

Y Delfina intentaba explicárselo.

Mas ¿cómo explicarle qué es una manzana a una niña que no ha visto nunca un albaricoque, ni una pera, ni una ciruela, y ni siquiera un melocotón o una naranja, nada, en fin, de lo que crece en los árboles?

En el castillo, a horas fijas, las latas de conservas se abrían solas, los platos aparecían sobre la enorme mesa del comedor y se llenaban solos, siempre igual: una lonja de jamón descolorido, una montaña de guisantes verdes oscuros y una porción de queso envuelta en plata. Delfina, Melina y los 174 viudas, huérfanos y huérfanas comían sin apetito y volvían a refugiarse en la cocina, para escapar a la voz que daba las noticias. Y entonces los platos se lavaban solos y volvían a apilarse en los armarios.

Cuando, tras su dura jornada de trabajo en el piso veinte, el rey Valerio subía a la casa, estaba casi siempre muy contento. Sobre la gran mesa, la botella de vino se abría sola, en su honor, y llenaba los vasos. Melina miraba con curiosidad la etiqueta y preguntaba:

-¿Qué es esto, mamá?

Y Delfina intentaba darle una respuesta.

Pero ¿cómo explicarle lo que es un racimo de uva a una niña que no ha visto nunca una manzana, ni un higo, ni una lechuga, ni una violeta, ni nada de todo aquello que crece en los huertos y en los campos?

Después de cenar, el rey Valerio contaba con entusiasmo a la reina su jornada de guerra, y Delfina le escuchaba, un poco triste, un poco distraída.

Algunas veces Melina, al oír hablar de muertos y de heridos, se ponía a llorar.

El rey Valerio comprobaba desolado una vez más su mala suerte:

-Había de tocarme precisamente a mí –se lamentaba- tener una niña. Ah, si hubiera tenido un hijo varón...

Y mandaba muy enfadado:

-¡Llevad a esa llorona a la cama!

En su camita automática, que se calentaba por sí sola cuando uno se metía en ella, Melina, antes de dormirse, intentaba imaginar las manzanas rojas en un árbol verde. Pero nunca las conseguía.

El domingo había tregua y se callaba la cajita de las noticias. El rey Valerio se quedaba en casa, con un batín muy elegante, verde y violeta, y unas zapatillas de cocodrilo. Melina, que jugaba a sus pies con unos soldaditos de plástico, preguntaba:

-¿Qué es un cocodrilo, papá?

El rey Valerio rezongaba:

-Cállate. No me molestes.

Pero la verdad era que no sabía qué contestar:

Tampoco él había visto jamás un cocodrilo.

Y además ¿cómo iba a explicarle qué era un cocodrilo a una niña que no había visto nunca un perro, ni un gato, ni una oveja, ni un caballo, ni un conejo, ni una mariposa.

Ni siquiera una lagarto.

Los domingos el rey Valerio llevaba a la casa la cajita verde de Teofrasto y escuchaba satisfecho sus discursos de la semana. Delfina y Melina, refugiadas en la cocina, pasaban el rato haciendo y deshaciendo largos collares de perlas o corales.

Y Delfina intentaba explicarle sin éxito a Melina lo que era una ostra o un arrecife de coral. Pero Melina no había visto ni siquiera un pececillo rojo: el último que daba vueltas en el estanque había muerto mucho antes de que ella naciera.

Cuando Melina cumplió cuatro años, Delfina pensó que había llegado el momento de enseñarla a leer.

Estuvo buscando durante muchos días, en la gran biblioteca del palacio, un libro que no fuera una historia de la guerra, un tratado de balística o un manual de estrategia. Pero no encontró ni uno. Y entonces decidió escribirlo ella misma. Empezó a inventar pequeñas historias. Eran historias que hablaban de cosas que ella había visto hacía muchos, muchos años, entre la tercera y la cuarta guerra, en el palacio de su padre, el rey Abundante.

Trataban de flores en el jardín y de gatos que dormían en los sillones, de manzanas que se ponían rojas en las ramas de un árbol, de abejas que fabricaban miel y de zanahorias que crecían bajo tierra. Y para que Melina lo entendiera mejor, Delfina hacía un dibujo para cada cosa.

El libro crecía página a página. Las historias se hicieron más largas y los dibujos más hermosos. Cuando el rey Valerio volvía a casa por la noche, con la cabeza llena de cañonazos, encontraba a la reina y a la princesa en la cocina, con el libro, muy contentas.

El rey se enfadaba:

-Delfina, ¿Por qué llenas la cabeza de la niña con todas estas fantasías? Sabes bien que nada de todo esto que cuentas existe ya. No quiero oír más tonterías.

Pero Delfina y Melina desobedecían, y seguían hablando y riendo y escribiendo y dibujando en el gran libro. Por las tardes la cocina se llenaba:

Las viudas con sus hijos, los huérfanos y las huérfanas, escuchaban maravillados las increíbles historias del maíz, de la harina y el pan, de los pájaros migratorios y las mermeladas de ciruela.

Los niños y las niñas intentaban a su vez leer y dibujar en el gran libro de Delfina.

El rey Valerio estaba cada día más enfadado.

Poco a poco el piso cincuenta del castillo se volvió menos triste. El libro crecía, los niños habían aprendido a leer y se contaban las historias entre ellos.

El rey Valerio gritaba:

-¡Voy a romper este maldito libro lleno de tonterías!

Delfina y Melina se asustaban un poco, ¿y si lo hacía de verdad? Una noche el rey Valerio llegó de muy buen humor: había estallado una nueva guerra, que prometía ser la más larga y mortífera de todas, ¡un fantástico fin del mundo! Y evidentemente el palacio no era el lugar más adecuado para una reina que escribía historias tontas, ni para todas aquellas mujeres y aquellos niños, ni para una princesa cobarde y lloricona. El espectáculo de tanta tontería podía desmoralizar a los soldados. Y además aquel maldito libro: el rey Valerio no quería tenerlo ni un minuto más ante sus narices. Decidió pues que la reina, la princesa, las viudas y los huérfanos partieran el sábado por la mañana hacia el palacio del rey Abundante, más alejado de los campos de batalla.

La noticia fue acogida con alegría. Delfina, Melina y los niños hicieron un paquete con cada uno de los volúmenes del libro, y llenaron grandes baúles con papeles y acuarelas, tubos de pintura, lápices de colores, gomas, botes de cola, pinceles y tijeras. Y se dispusieron a partir.

El sábado por la mañana, con un hermoso tiempo primaveral, Delfina, Melina y las 174 viudas y huérfanos partieron en cinco cochazos mágicos que, sin necesidad de chofer, cruzaron como un relámpago las colinas quemadas y los campos arrasados que rodeaban el castillo.

Por la tarde estaban ya muy lejos, pero las colinas seguían desnudas y grises, como aquella que se veían a través de las ventanas blindadas del piso cincuenta. Y sobre cada colina había un castillo o un palacio, más o menos derruidos, más o menos en ruinas.

Al anochecer se sintieron cansados y decidieron pararse a descansar en uno de aquellos castillos abandonados y medio destruidos por la guerra.

Era un castillo grande y hermoso y, salvo la muralla exterior, estaba en bastante buen estado. Había muchas habitaciones, muchas camas, una gran mesa de madera, una inmensa chimenea y mucha leña. Había una cocina de verdad, con hornos y pucheros, sacos de harina y potes de mermelada. Había una despensa llena de patatas, manzanas y quesos.

Y había además un gran jardín con ciruelos y naranjos en flor, y pájaros y mariposas y orugas y armadillos y tréboles y violetas. Y un estanque con peces y ranas y patos. Y la hiedra que rodeaba las puertas y ventanas, y abejas y avispas, y lagartos y hormigas trabajando, y una culebra y un perro...

Melina estaba loca de alegría, y también Delfina, las viudas y los huérfanos.

Ala mañana siguiente decidieron, de común acuerdo, quedarse otro día en el castillo antes de reanudar el viaje. Hicieron pan en el gran horno y se lo comieron con queso.

Pero tampoco al día siguiente se decidieron a partir. Recorriendo el castillo habían descubierto en lo alto de una torre un piano, una espineta y varias guitarras. Y en una habitación pequeña, libros de poesía y diccionarios. Y un gato que dormía en una silla y una baraja de naipes y un juego de ajedrez.

Y corriendo por el parque del castillo, habían encontrado un invernadero lleno de flores y una vaca con su ternero en un prado.

Y tampoco el día siguiente al día siguiente del día siguiente del día siguiente consiguieron decidirse a partir: habían descubierto un pequeño huerto y se habían puesto a arrancar las hierbas y a coger calabazas y lechugas.

Y al día siguiente, Delfina propuso sacar de los baúles el libro y algunos tapices y jugar un poquito. Y entonces supieron que no se marcharían ya nunca de allí.

Durante algún tiempo –unos meses o unos años- se oyó, débil y lejano, el tronar de los cañones. Al anoecer, mientras tocaban la guitarra y cantaban en la terraza del castillo, veían en lontananza los incendios que provocaba la guerra. Y en los días transparentes del otoño, vieron algunas veces humear una colina en el horizontes.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces. Ahora el castillo está en el centro de un poblado lleno de vida y movimiento. Sólo algunos especialistas de historia antigua se acuerdan del rey Valerio y de sus guerras.

Pero todo el mundo conoce el nombre del Delfina, la autora legendaria de un hermosísimo libro ilustrado, que todavía hoy se enseña a los niños, pasando con mucho cuidado las grandes páginas un poco amarillas por el tiempo. La nieta de la nieta de Delfina es editora, y publica unos libros que se venden en el mundo entero. Y en uno de estos libros, que se llama Consideraciones sobre las cien mortíferas guerras masculinas hemos encontrado la historia de Delfina y de Melina, la princesita que no había visto una manzana.

4 ‘HISTORIA DE LOS BONOBO CON GAFAS’

Autora: Adela Turín. Editorial: Lumen.

Hace un montón de años, los bonobos, las bonobas y sus pequeños vivían juntos en un bosquecillo de mangles. Los bonobos estaban constantemente ocupados mascando las bayas y los frutos, las semillas, las nueces y las raíces que las bonobas recogían todo el día para ellos y para las bonobitas y los bonobitos.

Encaramados en sus mangles, los bonobos comían ruidosamente, charlaban por los codos, daban palmadas y golpeaban los troncos de los árboles.

El estruendo que organizaban en el bosquecillo de mangles se extendía hasta lejos, y sus vecinos, los pangolinos y los lorilentos, a los que, como todo el mundo sabe, les encanta hacer la siesta, se lamentan a menudo.

Pero un día, algo aburridos de hacer siempre lo mismo, los bonobos decidieron instruirse.

Tras semanas de discusiones, votaciones, deliberaciones, conclusiones, decisiones y dimisiones...

Los cuatro bonobos más guapos partieron hacia Belfast para aprender inglés.

Los bonobos que se quedaron siguieron charlotteando, golpeando los troncos y, claro está, comiendo las nueces, las bayas, las semillas, los frutos y las raíces que las bonobas recogían incansables para ellos.

Y después, un día, los cuatro guapos bonobos regresaron de Belfast.

Los cuatro llevaban las mismas gafas y las mismas maletas negras.

Los cuatro guapos gafudos se encaramaron a la cima del árbol más grande y se pusieron a gritar unas palabras extranjeras que nadie entendía.

“¡Full! ¡Stop! ¡Ring! ¡Black!”, gritaban, y los otros bonobos les escuchaban, petrificados y mudos de admiración.

Y los cuatro bonobos gafudos empezaron a enseñar las palabras.

Las bonobas les suministraban una doble, una triple ración de raíces, de nueces, de frutos, de semillas y bayas, y los otros bonobos aprendían las nuevas palabras.

En el examen, los que sabían las cuatro palabras aprobaban y recibían una hermosas gafas, extraídas solemnemente de las maletas negras. Y un tiempo después todos los bonobos de bosquecillos de mangles poseían diplomas, habían conseguido como recompensa unas gafas y sabían gritar o coro las cuatro palabras.

A fuerza de oír a todas horas las mismas palabras, también las bonobas terminaron por saberlas de memoria. Pero a ellas no les dieron gafas, porque quería la costumbre que llevaran un pañuelo anudado a la cabeza, y las gafas resbalaban y se caían.

Algunas bonobas intentaron quitarse el pañuelo, para ponerse las hermosas gafas, pero fueron tales las burlas y las risas de los bonobos que volvieron a ponérselos a toda prisa.

“Mejor así”, se dijeron los bonobos.

“Si las bonobas se ponen también a enseñar las palabras, ¿quién recogerá las nueces y las bayas, las frutas y las raíces y las semillas para nosotros y para los bonobitos y las bonobitas?”.

Pronto, las bonobas estuvieron hartas de recoger bayas y frutos, nueces y raíces y semillas, y de oír a todas horas las mismas cuatro palabras en inglés, que se sabían de memoria y que empezaban a irritarlas.

Y así, un día, decidieron cambiar de bosquecillo y hacer sólo lo que les apeteciera.

Una bonoba plantó flores alrededor de su árbol. Otra bonoba plantó hierbas aromáticas. Otra hizo una flauta con una caña y aprendió a tocarla tan bien que los pangolinos y los lorilentos hacían unas siestas maravillosas acunados por su música.

Otras cuatro bonobas se asociaron para fabricar hamacas donde dormir fresquitas las noches de verano. Otras tejieron colchas para que las abrigaran en las frías noches del invierno. Hicieron cometas para los días de viento y paraguas para los días de lluvia...

...Y juguetes para las bonobitas y los bonobitos.

E instrumentos de música cada vez más perfectos y melodiosos. El bosquecillo de mangles se volvió bonito y cómodo y tranquilo. Estaba perfumado por las hierbas y las flores, alegre con la música y con los juegos. Y, si las bonobas recogían frutos, raíces, nueces y bayas, era para ellas y para los más pequeños, mientras las bonobitas y los bonobitos algo crecidos las ayudaban.

Y así fue cómo los bonobos, hambrientos, tuvieron que bajar de sus ramas para conseguir algo que comer.

Los primeros días les llevaba mucho tiempo recoger nueces y raíces, bayas y frutos, porque no estaban acostumbrados.

Muy callados y sin las hermosas gafas, que les impedían ver bien, pasaban días enteros buscando su alimento.

Olvidaron muy pronto las cuatro palabras. Y la lluvia hizo crecer la hierba sobre sus gafas y sobre sus maletas.

Pasado un tiempo, ya hábiles en recoger su alimento, los bonobos sintieron de repente una gran nostalgia de sus queridas bonobas, sus bonobitas y sus bonobitos.

En pequeños grupos, sin comunicárselo a nadie, abandonaron su bosquecillo y fueron a reunirse con ellas.

Sorprendidos, e incluso furiosos por lo que se descubrieron, algunos volvieron atrás aquella misma noche. Pero la mayor parte, seducidos por una vida tan agradable, decidieron quedarse allí, con sus bonobas y bonobitos, que los acogieron con alegría.

COLABORACIÓN DE LA FAMILIA

Después de haber leído y comentado el cuento coeducativo “Historia de los bonobos con gafas” con tu hijo/a en clase, os pedimos que al igual que hemos hecho a lo largo del curso con el “LIBRO VIAJERO” colaboréis con nosotras en nuestro Proyecto Coeducativo continuando el cuento entre todos los miembros de la familia, con la idea de reflexionar sobre la forma de vida que llevarían los bonobos una vez que deciden quedarse con las bonobas y con los bonobitos y bonobitas.

Vuestros hijos/as pueden aportar ideas para esta continuación y pedirles que den al cuento un final y que decoren con dibujos las variantes que habéis introducido en el cuento original.

Os rogamos que remitáis a clase el cuento modificado en cuanto lo tengáis, para hacer una puesta en común en asamblea.

La tutora

5 “UNA FELIZ CATÁSTROFE”

Autora: Adela Turín. Editorial: Lumen.

Antes del diluvio, la familia Ratón vivía en la modesta madriguera de un confortable apartamento de un barrio elegante.

El señor Ratón tenía buena presencia y estaba muy orgulloso de su hermoso bigote y de su potente voz de jefe de familia. Flora Ratón era dulce, modesta y sumisa. Cuidaba a la perfección de sus hijos –Teddy y Toby- y de sus hijas –Nancy, Nora, Nuri, Narcisa, Nicasia y Nina-, y se pasaba el día limpiando, ordenando, lavando, planchando, cocinando...

Antes del diluvio, los días en casa de los Ratón transcurrían monótonos, y terminaban con un acontecimiento importante: la cena, que ocupaba a Flora Ratón la tarde entera, porque su marido era un gourmet.

Los niños admiraban su ingenio y su bigote, cuando, con los ojos en blanco, dictaminaba: “Flora, con un poco más de leche y dos briznas de perejil añadidas en el último momento, este guiso sería perfecto.”

Después de la cena, papá Ratón contaba a los niños sus aventuras de juventud. Las misteriosas pirámides, que no tenían misterios para él, las bodegas de los barcos piratas donde había dado la vuelta al mundo, la famosa historia de la mezquita de Estambul, o la del gato de la Ópera, los primeros pasos en la luna, en la bota de Armstrong...

Estas historias apasionaban también a Flora Ratón, sobre todo porque siempre aparecían otras nuevas. Pero nunca disponía de tiempo para escucharlas hasta el final, porque tenía que fregar los platos.

Empezaba a recoger la mesa sin hacer ruido, pero, si caía la tapa de un puchero, papá Ratón se interrumpía irritado, y los niños protestaban: “¡Mamaaaá! ¡Está hablando papá!”.

El señor Ratón era presidente director honorario de la SAPACORA (Sociedad para el Control de Ratoneras). Una sociedad declarada de utilidad pública, que no vendía nada, no compraba nada, no empleaba a nadie, no tenía beneficios y no pagaba impuestos. Como, tras los últimos descubrimientos científicos, las ratoneras habían desaparecido, eran difíciles de controlar. Pero el señor Ratón parecía desbordado de trabajo.

Antes del diluvio, papá Ratón, un poco nervioso y con prisas, salía todos los días hacia su oficina, una madriguera bajo la escalera del segundo piso de la casa de enfrente. Y todas las tardes regresaba cansado y preocupado.

Flora le preguntaba invariablemente: “¿Cómo va tu trabajo, cariño? ¿Quieres contarme si algo va mal?”

E invariablemente papá Ratón respondía con un gruñido descorazonador.

¿Qué quería el señor Ratón? Quería tranquilidad, su periódico, sus zapatillas, las noticias de la tele, calma, orden, niños mudos, su aperitivo, sus cigarrillos... Y, naturalmente, la cena.

Así transcurría la vida de los Ratón. Por la noche, en sus camitas, los niños soñaban las prodigiosas aventuras de su padre, y se dormían satisfechos, pensando: “Mi papá es un gran tipo.”

¡Pero un día se produjo el diluvio! Montañas de agua devastaron la madriguera. Se había roto una tubería y el confortable hogar partió a la deriva: las camitas, el aparador, la cocina y hasta el sillón de papá Ratón.

Cundió el pánico. El señor Ratón estaba en la SOPACORA, y Flora tuvo que organizar sola el salvamento de sus ocho hijos, subiéndolos a una mesa, transformada en balsa improvisada.

Unas horas después del diluvio, estaban todos sanos y salvos, y secos, en el cajón de una vieja cómoda arrinconada desde hacía tiempo en el desván. Y, plis plas, Flora improvisó ocho camitas y se las arregló para hacer una buena sopa.

Aquella noche el señor Ratón llegó muy tarde. Había encontrado su casa destruida. Las pequeñas huellas mojadas le condujeron hasta su familia, profundamente dormida en el cajón. Todavía pálido de miedo, calentó el resto de sopa y se la tomó en silencio. Sin zapatillas, ni aperitivo, ni periódicos, ni tele.

Y la vida volvió a organizarse en el cajón. Pero todo era diferente. Como no tenía cazuelas, ni sartenes, ni batidora, ni moldes para pasteles, Flora tenía tiempo. Y, acompañada de sus hijos, que encontraban aquella nueva vida muy divertida, se dedicó a explorar el desván, buscando otro hogar.

Después del diluvio, ¡llegó el tiempo de los descubrimientos! Encontraron perros, gatos y hasta pájaros. Corrían de una caja a un cesto, de un zapato a un viejo juguete, subían y bajaban escaleras, encontraban antiguos mapas y cartas.

Al mediodía, ya no volvían al cajón para comer... Y por la noche, muy excitados, contaban a papá Ratón las aventuras de la jornada.

En una expedición a un baúl de juguetes encontraron una guitarra. Flora aprendió enseguida a tocarla, en solo doce lecciones, y en poco tiempo ella y Narcisa la tocaban bastante bien. Teddy y Toby descubrieron que tenían buena voz. Y Nancy y Nina, las mellizas, aprendieron a bailar claqué.

Por la noche el señor Ratón encontraba a los niños tan contentos que renunció a hacerles callar. Como renunció a la tele por las canciones, y a las zapatillas porque se las había llevado el agua. Pero no pudo renunciar a la buena mesa y se puso manos a la obra. Cuando una receta le salía bien era todo un triunfo, y pronto cocinó tan bien como Flora. Los niños aplaudían cuando sacaba a la mesa uno de sus guisos.

Ahora el antiguo hogar de los Ratón está completamente seco. La familia Bigotín ha decidido instalarse allí. Han llegado, confiados, con su cocina, su sillón, sus lámparas y sus cazuelas... Ignoran, desgraciadamente, que un fontanero irresponsable reparó mal la tubería...

6 “ROSA CAMELO”

Autora: Adela Turín. Editorial: Lumen.

Había una vez, en el país de los elefantes, una manada donde las elefantas tenían grandes ojos brillantes, y la piel, lisa como una manzana, de color de rosa.

Este hermoso color se debía al hecho de que las elefantas, desde el primer día de su vida, únicamente comían anémonas y peonías.

Realmente no era por gusto:

Las anémonas, y todavía menos las peonías, no tienen buen sabor, pero les proporcionaban una piel lisa y muy rosada, y les ponían los ojos grandes y brillantes.

Las anémonas y las peonías crecían en un jardín vallado, y allí estaban encerradas las elefantitas, jugando entre ellas y comiendo flores.

“Pequeñas”, les decían sus papás, “os tenéis que comer todas las anémonas y no dejar ni una sola peonía, o no os haréis jamás tan bonitas y tan rosas como vuestras mamás, nunca tendréis los ojos tan grandes y tan brillantes como ellas, y cuando seáis mayores no os querrá ningún elefante”.

Y, para facilitar la llegada del rosa, les ponían a las elefantitas zapatos rosas, cuellos rosas y grandes lazos rosas en la punta del rabo.

Desde su jardín vallado, las elefantitas veían a sus hermanos y a sus primos, todos gris elefante, jugar en la sabana, comer hierba verde, chapotear en el agua del río, revolcarse en el barro y hacer la siesta debajo de los árboles.

Sólo Margarita, a pesar de todas las anémonas y todas las peonías que comía, no se volvía ni un poquito rosa.

Esto entristecía mucho a su madre y enfadaba enormemente a su padre.

“Veamos, Margarita”, le decían sus padres, “¿Por qué sigues con este horrible color gris, que tan mal sienta a una elefantita como tú? ¿Es que no te esfuerzas? ¿Eres una rebelde? ¡Ten cuidado, Margarita, porque, si sigues así, nunca te convertirás en una hermosa elefanta!”

un día los padres de Margarita abandonaron toda esperanza de verla convertida en una elefantita guapa y rosa, con grandes ojos brillantes, como las otras.

Y decidieron dejarla por fin en paz.

Margarita, aliviada, decidió salir del jardín vallado. Se quitó los zapatos, el cuello y su bonito lazo rosa y se fue a jugar entre la hierba alta y los charcos de barro, bajo los árboles cargados de frutos deliciosos.

Desde el jardincillo, sus amigas las elefantitas la observaban. El primer día con susto, el segundo con perplejidad, el tercero con curiosidad y el cuarto con envidia.

El quinto día, las elefantitas más valientes empezaron a salir una tras otra del vallado.

Alrededor del jardín donde crecían las anémonas y las peonias, se amontonaban en desorden los zapatos, los cuellos y los bonitos lazos rosas, abandonados.

Después de haber gustado los placeres de la hierba verde, de los juegos en el barro, de las duchas frescas y de las siestas a la sombra de los árboles, ni una sola elefantita quiso nunca jamás volver a llevar zapatos, comer anémonas y peonias, ni entrar en un jardín vallado.

Desde aquel entonces no se puede distinguir por el color a los elefantitas de las elefantas.

7 “AZUL Y ROSA”

Colección Nene, Nena y Guau

Autor: Paco Capdevila. Editorial: Gaviota

-¡Hola, Nene, precisamente te andaba buscando!

-me dijo Pepe, un compañero del “cole”. ¿Qué te parecería ser miembro del club de Chicos?

-¿Qué club es ése? Nunca he oído hablar de él.

-Es que acabo de fundarlo. Se lo he propuesto a Juan y a Nando y han dicho que sí.

-¿Y para qué vale ese club?

-¡Puf, para muchas cosas...!

Tenemos un local para reunirnos y jugar.

Qué, ¿te animas?

-Bueno, podéis contar conmigo –le dije.

Al día siguiente acudí al club. Estaba en una cabaña y nos pusimos a decorarlo con pósters y banderines que cada uno había traído de su casa.

-¿Podemos ayudar?

-dijeron Nena y Tina, asomando por la puerta.

-¿Qué estáis haciendo aquí? –protestó Pepe-

Éste es el Club de Chicos y no se admiten niñas.

-¿Cómo? –se escandalizó Tina-. ¿No podemos entrar en el club?

-¡Claro que no! Así es que ya os estáis largando.

-¡Sois unos machistas! –gritó Nena mientras se marchaba-

Podéis ir todos a la porra con vuestro club.

-Adiós, niñas. Id a jugar con vuestras muñecas.

-Y, cuando os canséis, podéis hacer calceta.

-De acuerdo –respondió Tina-. Os haremos unos gorros a ver si se os calientan las ideas.

Oímos martillazos en otra cabaña. Las chicas colocaban un letrero sobre la puerta que decía: CLUB DE CHICAS.

-¡Qué copionas! –exclamó Pepe.

-No somos copionas. Nuestro club es mejor que el vuestro.

¡La guerra entre los chicos y las chicas estaba declarada!

De regreso a casa, Nena y yo no paramos de discutir.

Proyecto de Coeducación

-No digas tonterías –dije-. A ver, ¿quiénes juegan mejor al fútbol, los chicos o las chicas?

-Hay más chicos que le dan patadas al balón; pero en el “cole”, cuando Cristina coge la pelota, os vuelve locos.

¿Y quién os hace la comida? ¡Las chicas!

-¿Y vosotras, qué? Sin nosotros estaríais perdidas.

¿Quién os arreglaría la tele cuando se estropea? ¿y el coche?

-Nene, por favor, ¿podrías alcanzarme la lleve del doce?

-Pidió mamá- No, ésa no, es la de al lado... Gracias.

Continuamos discutiendo no sé hasta cuándo, y no prestamos atención a mamá cuando le dijo a papá que ha había arreglado los inyectores del motor del coche.

Ni a papá cuando dijo que el besugo al horno que había preparado para comer la había preparado para comer le había salido extraordinario.

Días después, tras explicarnos muchas cosas acerca de la Naturaleza, la “seño” nos dijo:

-Quiero que hagáis un trabajo muy bonito: por equipos, tenéis que salir al campo y recoger hojas, flores, insectos, etc.: haced fotografías a los animales que encontréis para presentar un cuaderno que titularemos “Así hemos visto la Naturaleza”. Habrá un premio estupendo para los ganadores.

¿Sabéis cómo se formaron los equipos? Como estaban las cosas, los chicos por un lado y las chicas por otro. Quedaron fuera Loles y Tino, que, por ser más pequeños, nadie les invitó.

-¡Os vamos a demostrar que los chicos somos mejores!

-Eso habrá que verlo! ¡Las chicas vamos a ganar!

-¡¡¡Cursis!!!

-¡¡¡Tuercebotas!!!

Cuando nos cansamos de dedicarnos “piropos”, cada grupo se marchó en distintas direcciones.

-Los chicos no me han dejado entrar en su club –dijo Tino.

-A mí laz chicaz tampoco. Y ze ríen de mi forma de hablar.

-Pues a mí me parece graciosa, pero no me da risa. Me gusta.

-Muchaz graciaz, erez muy zimpático.

-Oye, ¿qué te parecería si formamos equipo? –propuso Tino.

-¡Eztupendo! Vamos a prepararlo todo –respondió Loles.

Mientras el equipo de las chicas recogía hojas y flores, y tomaban notas del grupo a que pertenecían, los chicos las espían.

-¿Qué os parece si les gastamos una broma? –propuso Pepe.

-¡Estupendo! –respondieron los demás.

Loles y Tino observaban a unos pájaros en su nido. Mientras Tino tomaba una fotos desde debajo del árbol, Loles había trepado al árbol para poder estudiarlos más cerca.

Arrastrándose sigilosamente, Nando cambió la mochila con las plantas recogidas por las chicas, por otra con un tarugo de madera.

-Vamonos, chicos, menuda faena les hemos hecho!

Nos alejamos a la carrera riéndonos, mientras escuchábamos los gritos de las chicas, que habían descubierto la broma.

-¡Ya os cogereamos, gamberros! –gritó Mamen-. ¡Lo pagaréis!

Loles y Tino hacían su trabajo sin meterse con nadie.

-Nene ha descubierto un nido de golondrinas y vamos a hacer una fotos –dijo Pepe a Juan-. Quédate aquí vigilando.

Pero Juan es tan distraído..., que no vio a Tina apoderarse de nuestra mochila.

-¡Deja eso! –gritó, agarrando un asa de la mochila.

-¡Antes nos habéis quitado la nuestra! –respondió Tina, tirando de ella con todas sus fuerzas.

Tirón va, tirón viene, la mochila se rompió y el trabajo de todo el día acabó por los suelos, completamente destrozado.

-¿Ves lo que has hecho? –se lamentó Juan-. Lo has roto todo.

-La culpa ha sido tuya. Si no hubieras tirado...

cuando acudimos al lugar del desastre, nos cruzamos con Loles y Tino, que regresaban a casa charlando alegremente.

Ya no queda tiempo par volver a empezar, así que cada equipo recuperó lo que pudo, aunque todo estaba destrozado.

Cuando presentamos los trabajos, estábamos rojos de vergüenza. Sabíamos que eran unas chapuzas. Loles y Tino hicieron un trabajo precioso.

Reconocimos que era mucho mejor que el nuestro.

-No cabe duda de quiénes son los ganadores –dijo la “seño”, haciendo que nuestras caras se pusieran más coloradas todavía.

Después entregó a Loles y Tino unos diplomas muy bonitos y un libro de Ciencias Naturales a cada uno.

-¡Enhorabuena, chicos! Habéis hecho un trabajo precioso.

Cuando los “peques” se retiraron con sus trofeos, la “seño” dejó escapar un profundo suspiro antes de continuar hablando.

-Hace días que vengo observando esa tonta rivalidad entre chicos y chicas.

-Cuando os puse el trabajo, imaginaba lo que iba a ocurrir.

Pero si os lo hubiera encargado cuando aún no habíais empezado con esas diferencias, estoy segura de que todos habríais hecho un trabajo tan bueno como el de Loles y Tino.

Nos quedamos callados, sin saber qué decir, pero reconociendo que la “seño” tenía razón.

-Yo me borro del Club de Chicos –dije-, es una tontería.

-Estoy de acuerdo –replicó Nena-. Yo también me borro.

Al poco rato, tanto el Club del Chicos como el de chicas se habían disuelto por falta de socios.

Entonces decidimos fundar el Club de Chicos y Chicas; pero como el nombre resultaba demasiado largo, lo dejamos en CLUB DE LA AMISTAD. El domingo siguiente celebramos la primera fiesta, donde, por supuesto, estaban Loles y Tino.

8 “MI MAMÁ ES PRECIOSA”

Colección Montaña Encantada del proyecto “LEER ES VIVIR”

Escrito e ilustrado por Carmen García Iglesias. Editorial: Everest

Cuando llego al colegio, algunos niños me dicen:

-¡Qué gorda es tu mamá! Y se escapan riendo.

Cuando paseamos juntas por la calle, algunas personas se giran y mirando a mi mamá cuchichean:

-¡Pero qué gorda!

Si estamos comiendo en nuestro restaurante favorito, algunas personas que están en otras mesas nos miran de reojo y se ríen por lo bajo:

-¿Se nota que le gusta mucho comer!

-Dicen con la boca llena.

A veces, en las tiendas de ropa, las dependientas miran a mi mamá y enseguida se dan la vuelta.

-¡Seguro que usa una tala 100 –Dicen dándonos la espalda.

Lo que no saben los niños del colegio, es que cuando mi mamá me lleva por las mañanas, y vamos cogidas de la mano, yo noto que mi manita tan pequeña está toda protegida por la mano tan redonda de mi mamá, y me siento segura.

Lo que no saben las personas que nos cruzamos por la calle, es que cuando nosotras vamos de paseo andamos tranquilas, disfrutando de todo lo que nos encontramos, despacito. Mi mamá nunca tiene prisa.

Lo que no saben los que hablan con la boca llena, es que cuando mi mamá y yo vamos al restaurante es como un día de fiesta. Una fiesta que nosotras nos hemos inventado. Y cada plato que nos traen lo disfrutamos, lo miramos, lo olemos, y nos lo comemos como si fuera la comida más rica que hubiéramos probado nunca.

Lo que no saben las dependientas de la tienda es que mi mamá lleva los vestidos más bonitos, los colores más alegres y las telas más preciosas que nunca se vieron.

Y cuando ella se pone guapa para venir a recogerme al colegio, parece una princesa sacada de un cuento.

Lo que no sabe nadie es que por la noche, antes de dormirme, cuando mi mamá se tumba un rato a mi lado, su abrazo es tan suave y tan blandito que siento como si me hundiera entre nubes de algodón. Y su olor es tan dulce que mis sueños son siempre felices.

Por eso, al despertar, cuando la miro a mi lado, siempre pienso:

“MI MAMÁ ES PRECIOSA”.

9 “LAS CINCO MUJERES DE BARBANEGRA”

Autora: Adela Turín. Editorial: Lumen.

Jadevandro Coburbún, marajá de Bungalor, más conocido como Barbanegra, reinaba sobre un inmenso país, a orillas del mar de Omán. Era odiado y temido. Sus tierras, rodeadas por montañas altísimas, tenían ríos caudalosos, bosques magníficos y largos muy hondos y muy azules. Su palacio era todo rosa y estaba lleno de tesoros. Un ejército de feroces soldados montaba la guardia.

Barbanegra era muy vanidoso. Sus vestidos, tejidos con hilos de oro, eran cortados y cosidos por los mejores sastres de Londres.

En su turbante resplandecía el topacio más grande del mundo, y sus babuchas de piel de gacela recamadas de perlas eran confeccionadas en Florencia por toda una familia de artesanos que trabajaba el año entero sólo para él.

Se dormitorio, en el centro del palacio rosa, estaba tapizado con las pieles de tigre que Barbanegra había cazado en las selvas de su reino.

Los elefantes blancos de sus establos tenían amatistas, zafiros y diamantes incrustados en el marfil de sus inmensos colmillos, y en la mesa del marajá se servían en vajillas de oro y vasos de finísimo cristal los mejores manjares de la India y los mejores vinos de Francia.

Barbanegra, tumbado sobre pieles de tigre y tapices de seda, hablaba de caza y de joyas con otros príncipes amigos. O, repanchigado entre los cojines de su tren dorado, que se deslizaba sobre Kilómetros de carriles de plata, recorría sus inmensos dominios.

Las pobrísimas gentes que hacían crecer las verduras y frutas para su mesa, que extraían las piedras preciosas de sus montañas, y cultivaban el té, la pimienta, el jengibre, la sed, el caucho y el algodón que hacían la riqueza de su reino, veían pasar al marajá atemorizados.

Barbanegra, al terminar un invierno en el que se había aburrido un poquito, decidió casarse. Pensó que había llegado el momento apropiado y le pidió a su padre, Chandula Coburbún, más conocido como Panzacuadrada, que la buscara esposa.

Panzacuadrada estuvo pensándolo unos días y después le propuso a Lisa, la joven hija del marajá de Manibén. Y así Lisa, lujosamente vestida y cubierta de joyas, salió por primera vez del palacio blanco de su padre, para dirigirse, montada en su elefante, al palacio rosa de Barbanegra. Lisa no sabía leer ni escribir.

Era dulce y obediente. No tenía ni pizca de conversación y decía a todo que sí. Barbanegra se enfadaba: “¿Por qué me dices siempre que sí? ¿No podrías decir que no, de vez en cuando?” “Sí, cariño”, respondía Lisa muy asustada.

Pasaron dos semanas y Barbanegra, perdida la paciencia, decidió separarse. Para no indisponerse con su suegro, Barbanegra hizo construir un palacio magnífico, todo verde esmeralda, a dos jornadas de elefante de su palacio. Lo llenó de tapices raros y de muebles carísimos, e instaló allí a Lisa, rodeada de una legión de criados.

Lisa lloró un poquito, después suspiró, y se dedicó a criar perros y gatos, a cultivar rosales y a cantar, con una hermosa voz cristalina, las canciones de cuando era niña.

Barbanegra volvió a hablar con su padre. Había decidido casarse una segunda vez.

“Ahora he comprendido”, dijo Panzacuadrada, “que lo que tú necesitas es una mujer como Ana, la poetisa, hija del gran visir de Bikanora.

Ana hace las delicias de la corte con sus poemas, que recita acompañándose con el sitar. Es muy inteligente y divertida: sus chistes y sus canciones hacen reír durante meses a los cortesanos de Bidanora.” Barbanegra quedó entusiasmado.

“Por fin tendré una compañía interesante, una conversación animada..”, pensaba.

También Ana llegó a lomos de un elefante hasta el palacio rosa, y llevaba en la diadema una esmeralda grande como un huevo de paloma.

Al día siguiente, Barbanegra la mandó llamar para dar juntos un paseo entre los rosales. Pero Ana no pudo acudir: estaba componiendo. Barbanegra se enfureció, hizo una escena terrible, le prohibió que compusiera nunca más que compusiera nunca más una de aquellas estupidísimas canciones y le confiscó el sitar.

Aquella noche, después de la cena, Ana, sin sitar, pero marcando el ritmo con las sortijas en las copas de cristal que había sobre la mesa, contó en verso el enfado de Barbanegra, y lo imitó tan bien que los invitados, los cortesanos y hasta los servidores se partían de risa.

Barbinegra estaba verde de rabia.

Aquella misma noche, Ana, el dichoso sitar y la máquina de escribir de madreperlas partieron hacia el palacio esmeralda.

Lisa se puso contentísima al ver llegar a Ana: su vida solitaria era un poco triste, a pesar de los gatos y los perros, los rosales y los pájaros.

Las imitaciones que hacía Ana de Barbinegra la divertieron mucho, y en el palacio verde los días pasaban sin sentir entre risas y canciones.

Barbanegra, entre tanto, volvió a visitar a Panzacuadrada. “Soy muy desgraciado”, le dijo. “Mi primera mujer era dulce, pero me mataba de aburrimiento. La segunda era inteligente, pero cruel y burlona. Ayúdame, porque quiero probar suerte de nuevo.”

Panzacuadrada, que esta vez tenía pocas ideas, le propuso a Zelda, la hija del príncipe de Baroda, inmensamente rico. “El reino de su padre”, dijo Panzacuadrada, “es fabuloso. Tiene todavía más diamantes y más esmeraldas que nosotros.”

Zelda, la heredera de Baroda, llegó al palacio rosa en un avión particular, acompañada de una secretaria canadiense y un peluquero parisino, de sus perros y de sus innumerables maletas.

Aquella noche en el palacio hubo una gran fiesta, a la que Zelda llegó con tejanos y con tres horas de retraso. “¡Caramba!” se dijo Barbanegra, impresionado por su atrevimiento. A la mañana siguiente, mientras tomaba el primer té de la jornada en el dormitorio de las pieles de tigre, Barbanegra vio que el aeroplano se elevaba en el cielo. Preguntó sorprendido qué pasaba, y le dijeron que Zelda se había ido a los festivales de Salzburgo; le gustaba mucho la música. Un mes más tarde, Zelda volvió de Salzburgo, pero para largarse a París a la mañana siguiente. Y cuando dieciocho días después Zelda volvió de París, Barbanegra había tomado una decisión: “¡También me separaré de ésta, qué caramba!”

Zelda, antes de dirigirse a Capri, hizo un alto en el palacio verde, para conocer a Lisa y Ana. Ana y Lisa estaban cantando. Zelda se puso al armonio y pasaron una tarde estupenda, tocando música, bebiendo té y charlando.

Cuando Zelda se marchó, les prometió volver trayendo instrumentos y partituras, discos y profesores, libros y grabadoras, y les prometió quedarse algún tiempo en el palacio verde.

Barbanegra estaba cada vez más deprimido.

Panzacuadrada recibió de nuevo el encargo de buscar una mujer para su hijo. “Procura hacerlo mejor esta vez. Empieza a estar harto”, le dijo Barbanegra malhumorado. Panzacuadrada lo pensó un poquito y dio su parecer: “Lo que tú, que eres un hombre de carácter fuerte y de gran personalidad, necesitas es una muchacha sencilla, modesta, sin pájaros en la cabeza. Una mujer de su casa, dulce y discreta. Florenda, por ejemplo, la hija del palafrenero. ¿Qué te parece?” Barbanegra quedó muy sorprendido, pero dijo que sí. Y también Florinda llegó a lomos de un elefante. Pero esta vez no hubo celebraciones: Florinda era la cuarta esposa, y además su familia no tenía amigos en la buena sociedad.

Esta vez, Barbanegra estaba satisfecho: Florinda era cariñosa y se apresuraba a darle gusto en todo. Pasados unos meses, una mañana Florinda le dijo: “Querido, me parece que, siendo tan ignorante como soy, no merezco ser la esposa de un hombre tan inteligente como tú. Me gustaría instruirme, para no dejarte a ti en mal lugar.” Barbanegra se sintió halagado en su vanidad y le dio permiso.

Unas semanas más tarde, llegaron desde los cuatro puntos cardinales profesores y libros, una espineta veneciana, un armonio y un violonchelo austriaco. Florinda resultó ser una alumna insaciable y superdotada. En poco tiempo aprendió a tocar el violonchelo como una gran concertista. Barbanegra la notaba distinta: cuando él volvía de la caza del tigre, ya no la encontraba esperándole, sonriente, con las babuchas florentinas en una mano y un whisky en vaso de oro en la otra. Florinda se había vuelto distraída, no le escuchaba, e incluso llegó a llevarle la contraria cuando él, siempre vanidoso, hablaba de algo que no sabía, o a corregirlo, cuando pronunciaba mal una frase en francés.

Barbanegra, fastidiado por tanta ciencia, humillado al no poder competir, envidioso, decidió deshacerse también de su cuarta esposa.

Y así Florinda, sin levantar los ojos del libro, fue conducida una mañana al palacio verde esmeralda. Y partieron con ella todos sus libros y su violonchelo. Lisa, Ana y Zelda (que a su regreso de Capri se había instalado en el palacio verde esmeralda) la recibieron con curiosidad, y pronto quedaron muy satisfechas: florinda era simpática, cariñosa y tocaba el violonchelo de un modo prodigioso.

Barbanegra anunció que se había puesto enfermo del disgusto (en realidad no tenía casi nada: un simple resfriado) y llamó a los mejores médicos de la India para que acudieran a su lado.

Uno de ellos, un vejete petulante y tontorrón que tenía fama de ser el mejor de todos, le aconsejó que se casara. “¡Pero si llevo años sin hacer otra cosa!”, rezongó Barbanegra.

“Ya las he probado todas, ricas y pobres, ignorantes y crueles, egoístas, insoportables...”

Y el gran doctor, con la suficiencia que da la ignorancia, le dijo. “Prueba con una muchacha jovencísima. Tan joven que puedas educarla como tú quieras. Serás para ella como un padre, y ella te acompañará en los días de tu vejez.” “Lo intentaré”, dijo Barbanegra sin hacerse muchas ilusiones.

Y así fue como Lil-Yana, una princesita de dieciséis años, hermosísima, llegó al palacio rosa. Lil-Yana sabía bailar, tocar el oboe, cantar y recitar poesías. Al principio estaba un poco asustada de Barbanegra, tan imponente, con el enorme topacio en el turbante, con el enorme topacio en el turbante. Pero a la mañana siguiente de la gran fiesta del matrimonio, Lil-Yana encontró a Barbanegra en pijama, barrigudo, pálido, con bolsas debajo de los ojos. Se estaba mirando muy preocupado la lengua en el espejo.

Lil-Yana, que estaba fresca como una rosa, lo miró un momento con curiosidad y luego se echó a reír. Y su hermosa risa cristalina, que parecía la risa de una niña, resonó en todo el palacio. Barbanegra dio un alarido terrible:

“¡Ffffuera de mi vista! ¡¡Se está riendo de mí!!”

Dos días más tarde, Lil-Yana y su oboe pasaban a formar parte de la pequeña orquesta del palacio verde esmeralda.

Y lo cierto es que lo hacían muy bien.

Cuando llegó el verano, Ana propuso hacer una gira por el país, dando pequeñas representaciones en las plazas de los pueblos.

El espectáculo consistía en una ópera bufa en dos actos, con arias, recitados, bailes y solos instrumentales. Se llamaba “Barbahirsuta y sus siete mujeres”, y relataba matrimoniales del marajá de Bingalor, llamado Barbanegra.

Ana, con una barriguita postiza y una falsa barba color azul, imitaba al marajá de un modo tan chistoso que en las plazas todos se desternillaban de risa. La ópera tuvo un éxito descomunal.

Durante dos años, la pequeña compañía recorrió las montañas y los valles en dos camionetas que Zelda había comprado para la gira, y las cinco mujeres hicieron reír hasta saltárseles las lágrimas a los campesinos de los mil pueblecitos del reino. Los súbditos de Barbanegra, que hasta entonces le habían odiado, pero que le temían y respetaban, empezaron a reírse en la propia cara de los emisarios que les cobraban los pesados tributos que desde hacía siglos acrecentaban la fabulosa fortuna del marajá.

Barbanegra que no daba crédito a lo que le contaban, partió en su tren dorado para ver lo que ocurría y restablecer el orden. Pero los campesinos lo encontraban tan ridículo, después de la imitación que había hecho Ana, reían a mandíbula batiente y no pagaban ni una rupia.

Ahora Barbanegra está en la ruina. Después de vender los topacios y las esmeraldas, los tapices y los elefantes, el palacio rosa y el palacio verde, huyó a la Costa Azul, y vive en una modesta casita de dos pisos, furioso y olvidado. Lisa, Ana, Zelda, Florinda y Lil-Yana, actuaron en los teatros más importantes de Oriente y Occidente. Actualmente su repertorio es vastísimo, pero “Barbahirsuta y sus siete mujeres” sigue siendo una de las obras preferidas por el público.

10 “MIKO Y LALY”

Material didáctico de Orientación Profesional no Sexista.

ELEGIR UNA PROFESIÓN EN IGUALDAD. Instituto Andaluz de la Mujer.

Había una vez, en una parte de un país muy pequeño y hermoso, un gran bosque donde las flores, el sol y los animales pasaban el día jugando alegremente.

En ese bosque vivían Miko y Laly, dos ardillas que se habían conocido hacía poco tiempo y habían decidido vivir en pareja. Su hogar era un bonito tronco de árbol, que cuando llegaba la primavera se cubría de hojas verdes y de pájaros que cantaban todo el día.

Todo era felicidad en la vida de Miko y Laly hasta que llegó el otoño. ¿Por qué? Ahora os lo cuento.

Las ardillas en otoño recogen y guardan muchas nueces en sus casas para tener comida durante todo el invierno.

El primer día que Miko se dispuso a salir para recoger nueces, le dijo a Laly:

- Querida, me voy a recoger nueces para cuando llegue el invierno.

Laly respondió:

- ¡¡Bien!! Me encanta recoger nueces. Espera que coja una cesta y me voy contigo.

- No, no, no... Eso es solamente de las ardillas macho. Las ardillas hembras se quedan en casa esperando que vuelva su pareja.

Laly se quedó en casa refunfuñando, pues a ella le encantaba coger nueces.

Todos los días, Miko salía muy temprano y pasaba la mañana y la tarde fuera de la casa. Laly estaba cada vez más triste y aburrada. Un día decidió marcharse de casa. Antes le dijo a Miko:

- Quiero ir contigo a buscar nueces.

El le respondió:

- Estoy harto de decirte que eso no es cosa de ardillas hembras.

Laly no contestó. Esperó a que Miko se marchara. Tomó papel y lápiz y le dejó una nota en la que decía que estaba aburrada de no salir a trabajar fuera y que ella era tan capaz como cualquier ardilla macho de recoger muchas nueces.

Laly se buscó un nuevo árbol donde vivir y empezó a recolectar nueces para el invierno. Estaba triste, pero a la vez alegre porque podía hacer lo que le gustaba sin que nadie le dijera nada.

Cuando Miko llegó a casa y vio que no estaba Laly, creyó que había ido a buscar flores o algo así. De pronto vio la carta que le había dejado y la leyó. Se puso furioso y dijo:

- Ya volverá (pues creía que no sería capaz de encontrar nueces para comer y volvería junto a él).

El otoño fue pasando y las primeras nieves del invierno comenzaron a vestir de blanco el bosque.

Pasaban los días y Miko esperaba el regreso de Laly. Esto nunca ocurrió, por lo que él empezó a entristecerse cada día más, hasta que una mañana decidió buscarla.

Después de pasar varios días caminando por el bosque, Miko estaba muy cansado y decidió echarse un rato sobre un árbol. Estuvo varias horas durmiendo. Cuando despertó vio un boquetito en el árbol y su curiosidad le hizo mirar por él. Sus ojos no creían ver lo que allí había. El tronco era una gran despensa de nueces.

Pensó:

¡¡Madre mía!! ¡¡Cuánta comida!! Rápidamente entró en el árbol con la intención de darse un buen banquete; pero cual sería su sorpresa cuando al entrar vio a , ¿sabéis a quién?, a Laly.

Miko saltaba de alegría, pero Laly se quedó igual.

- He venido a buscarte, pues sin ti estoy muy triste, dijo Miko.
 - Lo siento, Miko, yo también estaba triste, pero prefiero hacer lo que me gusta, dijo Laly.
 - ¡¡Cuántas nueces!!, y... ¡¡Qué grandes!! ¿Quién te las ha dado?
 - Te dije muchas veces que me encanta coger nueces. Todas las que ves las he cogido yo.
 - ¿De verdad?
 - Pues claro, por qué te voy a mentir.
 - Nunca pensé que las ardillas hembras fueseis capaces de hacer lo que hacen los machos. Me he dado cuenta que estaba equivocado. Por favor, perdóname. Vuelve a casa.
 - Volveré a casa si me aseguras que de aquí en adelante compartiremos todas las tareas.
 - Por supuesto. Desde hoy he comprendido que todo el mundo es capaz de hacer de todo. Vuelve y todo lo que hagamos será hecho a medias.
- Desde aquel día Miko y Laly estuvieron muy alegres y nunca más pensó Miko que había unos trabajos para los machos y otros para las hembras, sino que todos los trabajos se podían compartir.

11 “CUENTO SIN TÍTULO”

ELEGIR UNA PROFESIÓN EN IGUALDAD. Material Didáctico de Orientación Profesional no Sexista. Instituto Andaluz de la Mujer.

Esta es la historia de una niña llamada Elisa. Su mayor ilusión era llegar a ser bombera; una gran bombera.

Ella sabía que para eso tendría que estudiar mucho y hacer mucha gimnasia; pero no le importaba, haría lo que fuese necesario para conseguir lo que tanto le gustaba.

A su familia no le agradaba mucho esta idea, pero poco a poco fue comprendiendo que ella sólo sería feliz siendo bombera.

Un día, y viendo que llegaba el momento de elegir profesión, Elisa decidió informarse de lo que le hacía falta estudiar para ser bombera. Tomó lápiz y papel y se fue al parque de bomberos.

La llegar, la recibió un señor alto y con bigote que le dijo:

- Buenos días. ¿Qué deseas?
- Buenos días. Me gustaría que me explicase qué hace falta para poder trabajar como bombera.
- Muy bien. Con mucho gusto te informo. Es necesario tener 18 años, carnet de conducir...
- Perfecto. En cuanto cumpla los 18 años estoy aquí para empezar a trabajar.
- ¿Cómo? . No pensarás ser bombera ¿Verdad? . Esta es una profesión sólo para hombres; las mujeres no están capacitadas para profesiones tan peligrosas.
- Pero señor, yo...
- Nada, nada. Márchate a tu casa y ve pensando en otra profesión más apropiada para las mujeres.

Ahora termina el cuento.

Ponle el título que más te guste.

Haz un dibujo para ilustrar el cuento.

12 “EL BELLO DURMIENTE”

Cuentos de la Media Lunita. A. R. Almodóvar. Editorial: Algaida.

Esto era un rey viudo que tenía una hija muy guapa. La princesa se parecía tanto a la madre, que el rey no quería separarse de ella, ni a sol ni a sombra.

A todas partes la llevaba.

Pero la niña se fue haciendo mayor y entró en edad de casarse. Un día le dijo a su padre:

- Padre, todas las princesas del contorno se han casado ya. Y a mí, ¿cuándo me toca?

- Descuida, hija mía –contestó el rey-.

Todo se andará. –Pero pasó otro invierno, y el rey no volvió a hablar del asunto.

Llegó el verano y dispusieron trasladarse a la casa de campo. Resultó que llegaron la misma noche de San Juan, y los campesinos y los criados estaban celebrando una fiesta con hogueras, bailes y canciones.

Una de las canciones decía:

Ésta es la noche lunera de nuestro patrón San Juan.

Hay un príncipe durmiente que en ella despertará.

La niña que esté a su lado con él se ha de casar.

La princesa prestó mucha atención. Al día siguiente llamó a una criada y le preguntó que qué quería decir aquella letra.

-¿No conoce usted esa leyenda, majestad?

Pues mi abuela me contó, que se lo había contado su abuela, que muy lejos, muy lejos de aquí, está el castillo del Príncipe Durmiente. Dicen que es el príncipe más guapo que ha existido jamás, pero que padece el mal del sueño por culpa de un hechizo.

-¿Y quién le puso ese hechizo?

-Pues dicen que la Diosa Lunar. Que una noche de verano, estando dormido el príncipe en su terraza, lo vio y dicen que se enamoró de él perdidamente.

- Quién, ¿la Luna?

-Sí, majestad, la Luna Lunera, cascabelera.

-¿Y qué más?

-Que sin poder resistirlo, dicen que tomó forma humana y bajó a darle un beso al príncipe, mientras dormía. Y para que nadie se lo disputara, vertió un sueño eterno en sus ojos, dicen. Sólo la noche de San Juan ella pierde su poder y él se despierta. Lo demás, lo dice el cantar:

La niña que esté a su lado, con él se ha de casar. Y si no hay nadie, vuelve a dormirse hasta el año siguiente.

-¿Y dónde está ese castillo?

-Pues dicen... dicen que por donde salga la Luna hay que ir, preguntando, preguntando.

La princesa no se lo pensó dos veces. Aquella misma noche esperó a que saliera la Luna por detrás de un monte. Y sin decirle nada a nadie, montó en su caballo y partió al galope.

La Luna ya estaba alta, cuando la princesa llegó a una casa que había en el bosque. Salió a recibirla una vieja revieja. La princesa le preguntó:

- ¿Tú sabes dónde está el Castillo del Príncipe Durmiente?

Proyecto de Coeducación

-Yo no, hija mía. Pero mi hijo el Sol lo sabrás. Escóndete en este arcón, para que no te deslumbre cuando llegue.

Llegó el Sol y dijo:

-¡A carne cruda huele aquí. Si no me la das, te como a ti!

-Anda, hijo mío, si es una muchacha extraviada que anda buscando el Castillo del Príncipe Durmiente.

-Eso, mi hermana la Luna lo sabe, pero a nadie se lo dirá. Mejor que le pregunte a mis hermanas las estrellas.

Y mandaron a la princesa a la casa de las estrellas. Pero las estrellas tampoco lo sabían, y la mandaron a la casa del aire, que está en todas partes, tanto de día como de noche. Y, claro, el aire lo sabía:

-Coge por ese camino y no lo pierdas. Llegarás al Castillo, que está guardado por dos leones. Si tienen los ojos abiertos, es que duermen,; si los tienen cerrados, están despiertos. Ten cuidado, no te equivoques.

La princesa no se equivocó. Esperó a que los dos leones abrieran los ojos para pasar tranquilamente entre ellos. Cuando estuvo dentro, vio que era un palacio hermosísimo. Empezó a recorrerlo, y por todas partes había estatuas de hombres y mujeres que parecían de carne, pero inmóviles. Había también grandes salones y jardines, todo limpio y bien cuidado, y en silencio total.

Al fin encontró el dormitorio del príncipe, y allí estaba, en una cama lujosísima, más guapo que un ángel y profundamente dormido. La princesa se sentó en una silla a su lado, a esperar que despertara.

Pero la Luna, que lo había visto todo desde el cielo, sintió mucha rabia. Esperó a que estuviera cerca la noche de San Juan y entonces bajó convertida en una muchacha pálida de ojos negros, muy negros. Y llamó a las puertas del castillo. La princesa se asomó al balcón.

-Pasaba por aquí –dijo la Luna- y me ofrezco a ser tu doncella.

-Pues qué bien – dijo la princesa-

Aquí no hay nada que hacer, ya que la comida y la limpieza se hacen solas. Pero, al menos, me darás compañía. Así fue. La doncella se sentó al otro lado de la cama del Príncipe y empezó a darle conversación a la princesa. Cuando se acercó la noche de San Juan, un minuto antes de las doce hizo que sonaran los cascabeles de su poder. Estos se oyeron fuera del castillo, y dijo la doncella:

-Ahí vienen los músicos. Asómese usted al balcón, verá qué bien tocan.- Y en efecto, era una música deliciosa; tanto, que la princesa no pudo resistir y salió al balcón a escucharla. En ese momento, se despertó el príncipe, que al ver a la doncella a su lado, dijo:

-Menos mal que esta vez hay alguien junto a mí. Tú has roto el encanto y contigo me casaré.

En aquel momento volvió la princesa del balcón y el príncipe preguntó quién era.

-Es mi doncella- mintió la Luna.

-Pues que se quede con nosotros a ayudarnos en los preparativos de la boda, como mis demás criados y cortesanos- dijo el príncipe, señalando a todas las estatuas, que en aquel momento revivían. Todos se mostraron dichosos y rodearon al príncipe.

La princesa, mientras tanto, se apartó a un rincón y empezó a llorar amargamente.

Cuando le preguntaron qué quería que el príncipe le regalara por haber acompañado a la novia hasta su despertar, dijo:

-Una piedra dura, y un ramito de amargura.

-Nadie sabía lo que era aquello, salvo un mago de la corte, que dijo:

-Eso sólo lo quieren los que están cansados de vivir. Esa piedra dice siempre la verdad.

-¿Y tú, por qué estás cansada de vivir?

-Le preguntó el príncipe, muy interesado.

Entonces vio que la princesa le hablaba a la piedra:

-Piedra dura de la verdad, ¿quién esperó hasta el dulce despertar? –y contestó la piedra:

-Aleja, princesita, tu amargura. Que es la noche de San Juan, y ella vuelve a su negrura.-En aquel momento se hizo un gran resplandor en los salones y se levantó un viento muy fuerte. De pronto, apareció la Luna llena en el cielo, que antes no estaba. La princesa le contó al príncipe todo lo que había pasado, y éste lo comprendió y se casó con ella. Y colorín colorado, este lucero cuento se ha acabado.

13 “DE MAYOR QUIERO SER JUEZA”

- Rita, vives con la nariz pegada a los libros. ¿Sabes qué deberías ser de mayor?

- ¿Qué? A ver qué me dices ahora...

- Deberías ser abogada o jueza. Siempre disfrutas resolviendo los temas difíciles, detestas las injusticias y sabes defender bien tus ideas. En la escuela se te conoce porque siempre estás dispuesta a ayudar a quien tiene problemas.

- La carrera es difícil y hay que estudiar muchísimo: Derecho Penal, Mercantil, de Familia...

Tendría que conocer bien la Ley y saber cómo aplicarla para hacer justicia.

-Si fueras abogada, tendrías que defender tanto a inocentes como culpables. ¿Habías pensado ya en esto?.

-Pues... Debe de ser difícil defender a alguien que haya cometido un gran crimen. Pero el artículo 10 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos dice que: “Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal.”

- Para llegar a una conclusión hay que analizar todos los hechos y las pruebas.

- Tendrías que escuchar su versión, escuchar a los testigos y, de acuerdo con la Ley, conseguir un juicio justo y, si fuera posible, intentar que cumpliera una pena menor.

- El otro día mamá me contó la historia bíblica del rey Salomón, que tuvo que decidir a quién entregaba un bebé, porque había dos mujeres que afirmaban ser la madre.

-¿Y qué hizo, Pedro? ¿Cómo podía saber quién estaba diciendo la verdad?

-Como las dos mujeres no se entendían, Salomón ordenó que mataran el bebé. Entonces la madre verdadera quedó tan apenada que suplicó al rey que lo entregara a la otra mujer.

Por supuesto, el rey supo rápidamente a quién debía entregar el bebé indefenso. La verdad acabó por aparecer.

-Fue una forma inteligente de resolver el problema. En aquellos tiempos, no debía de haber leyes escritas, ¿No? ¿Cómo resolverían los problemas? ¿Existían ya abogados?

- Todo dependía de la decisión y de la voluntad del rey. Podía hacer justicia o cometer una injusticia. Pero hoy en día también se corre este riesgo.

-Mamá me explicó que, según la Ley, en nuestra sociedad todos los hombres y mujeres somos iguales y tenemos los mismos derechos. Y que sin ella sería muy difícil mantener la paz. Si todos nosotros siguiéramos a rajatabla lo que establece la Ley, el mundo sería mucho mejor. Pero la Ley debe ser justa.

Proyecto de Coeducación

-No hay duda de que incluso los peores criminales tienen derecho a un juicio, y suele decirse que: “Todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario”. Se dice y también está escrito en el artículo 11º de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

- Es en el tribunal donde se presentan las pruebas y los abogados de la defensa y de la acusación aplican la Ley.

- Y el reo, es decir, el acusado, también es oído. Así tiene otra oportunidad para contar cómo ocurrió todo y, si fuera el caso, para declararse inocente y pedir que se haga justicia.

-Cuando hay testigos, antes de que empiecen a hablar, tienen que hacer un juramento colocando la mano sobre la Biblia: “Juro decir la verdad y nada más que la verdad”.

-¿Y si mientes? ¿Qué les ocurre?

- Pueden ir a la cárcel. Mentir en un tribunal es muy grave, porque puede suponer la condena de un inocente. El término técnico que se usa para un juramento falso es “Perjurio”.

-Debe de ser por eso que a veces se oye decir que “la justicia es ciega”.

-Sí, porque cuando oyen a alguien testificando, creen que está diciendo la verdad y, si no lo hiciera, el juez podría tomar la decisión equivocada. En ese caso, no se haría justicia.

-Ya vi en algunos libros la imagen de una mujer con los ojos vendados y una balanza en la mano. Es uno de los símbolos de la Justicia.

- Ya te imagino vestida con aquella ropa negra, la toga, y poniendo esa cara tan seria...

-Me gustan los libros y saber la verdad. Voy a estudiar aún más para llegar a ser Jueza algún día. Basándome en la Ley, puedo hacer algo para conseguir un mundo más justo.

14 “DE MAYOR QUIERO SER INGENIERA”

- Pedro, ¿sabías que nuestra casa fue diseñada por el Sr. Rocha, aquel amigo de papá que es ingeniero civil? Creo que cuando sea mayor voy a diseñar un rascacielos más alto que las Torres Petronas de Malasia, que actualmente son las más altas del mundo. O si no, voy a construir viviendas bajitas, pintadas de color blanco, con un lindo jardín delante.

-Debe de ser una profesión guay. Vas a tener que usar casco y equipo de protección; y dirigir las obras de construcción. Tienes que seguir el proyecto hecho por el arquitecto, pero además tienes que hacer otro proyecto que lo haga posible desde el punto de vista técnico: Proyectar los cimientos, la estructura, elegir los materiales, etc.

Además de casas, puedes construir puentes, carreteras e incluso jardines.

-Sí, a mí me gustan mucho las plantas. Si fueras ingeniera agrónoma podría ir a vivir al campo para ayudar a mejorar las técnicas de cultivo y las cosechas, aumentar la producción de alimentos y crear nuevos métodos. También podría ser responsable de la cría de animales y controlar su reproducción para perfeccionar las razas.

-Si escoger la ingeniería genética, tendrás que dedicar mucho tiempo a la investigación médica y farmacéutica.

Hasta hoy ya se han creado hormonas, vacunas, técnicas de diagnóstico y mucho más. Incluso podrías llegar a descubrir la cura de algunas enfermedades...

Proyecto de Coeducación

¿Quién sabe si mientras tanto se descubre la cura del sida y del cáncer? O podrías crear plantas y animales con características nuevas. ¿Has oído hablar de la oveja Dolly?

- Sí, fue una oveja creada con la técnica de la clonación, que está dando mucho de qué hablar, porque quieren clonar seres humanos.

Si mi clon fuese inquieto y curioso como yo, a mamá se le pondrían los pelos de punta.

Si escogieras la ingeniería química, harías experimentos raros con sustancias y tubos de ensayo. En una clase aprendí que los símbolos químicos los habían sacado de los nombres de los elementos en latín. Por ejemplo, el oro es “Au” porque en latín se llamaba “aurum”. ¿Sabes algún símbolo químico más?

- Sé el del oxígeno, que es O, el del Sodio, que es Na, la fórmula del agua, que es H₂O, y.... y....

- Bien, cambiando de tema. Está también la ingeniería de alimentos, que estudia y evalúa las reservas en el área de la agricultura, la ganadería y la pesca. Tendría que analizar las sustancias que componen los alimentos y controlar su calidad.

Requiere mucho trabajo de investigación.

- ¡Qué bien! Así sabría exactamente qué comemos...

- Y, ¿qué tal si descubrieras nuevas aplicaciones y lenguajes para los ordenadores?

- Parece complicado... ¿qué carrera tendría que estudiar?

- Ingeniería informática. Es una profesión que exige actualización constante, porque siempre están inventando nuevos sistemas y equipos.

- ¡Podría inventar un ordenador nuevo!

Me acuerdo de que papá nos dijo que el primer ordenador era del tamaño de una habitación y era muy complicado. Hoy en día, son tan fáciles y prácticos que incluso nosotros, que somos pequeños, podemos utilizarlos. Y no sólo para jugar, pues para algunos trabajos hay que buscar información en Internet y quedan mejor presentarlos cuando se hacen los documentos con un procesador de textos.

- Rita, si yo escogiera esta profesión, me gustaría ser ingeniero aeronáutico e inventar una aeronave para conquistar el espacio. Leyendo un libro aprendí que el primer hombre que voló fue Orville Wright, en 1903. Pilotó el Flyer, que había construido con hermano Wilbur.

- Debió de ser una experiencia fascinante. Consiguieron volar como si fueran un pájaro.

- Es verdad, ¡pero el vuelo sólo duró 12 segundos! Después de esto aún tuvieron que hacerse muchos intentos y diseñarse muchas aeronaves. Sin embargo, pocos años después, en 1969, los astronautas estadounidenses Neil Armstrong y Edwin fueron los primeros en llegar a la Luna. Fue un gran avance, porque de la conquista del cielo, el hombre pasó a la conquista del espacio.

- Y en el futuro incluso podremos ir de viaje a otras galaxias. Pero yo prefiero quedarme en la Tierra. Puedo ser ingeniera mecánica, para inventar nuevas máquinas y garantizar el mantenimiento de las que ya existen. Es más seguro y no deja de ser importante.

- Igualmente, la energía y la comunicación son esenciales en nuestros días. ¿Has pensado alguna vez cómo sería vivir sin luz, sin teléfono y sin televisión? Los ingenieros electrónicos garantizan que todo eso funcione. ¿Quién sabe si un día llegarías a descubrir una forma de comunicarte con otros planetas y obtener respuestas?

- Pensándolo bien, creo que prefiero ser ingeniera del medio ambiente. Tengo buena capacidad de observación y me gustan las actividades al aire libre, que son dos cualidades indispensables. Voy a estudiar la relación del hombre con el medio ambiente, verificar la calidad del agua –que es un bien precioso– y controlar los niveles de contaminación.

Sí, Rita. Es una buena opción. Tiene que haber personas que sepan y quieran evitar que la Tierra se transforme en un sitio feo, sin recursos.

Si cada uno de nosotros se esforzara en respetar el medio ambiente, podríamos seguir viviendo durante mucho tiempo en un planeta azul.

-Pedro, prometo que voy a estudiar mucho para ayudar a salvar nuestro planeta.

15 “DE MAYOR QUIERO SER MÉDICO”

- Pedro, ¿sabes qué quiero ser de mayor?

- No... pero puedo imaginarlo.

- Quiero ser médico, ir a clase de anatomía, aprender a hacer diagnósticos, conocer los medicamentos, saber para qué sirven y, lo más importante, descubrir la curación de enfermedades. Podría trabajar en hospitales, centros de salud o tener mi propio consultorio.

-Pero, ¡vas a tener que ver sangre, y poner inyecciones! Cuando una persona venga a la consulta, tienes que hacerle preguntas para que te diga qué síntomas tiene o si siente dolores. Después tendrás que examinarla y, cuando descubras cuál es el problema recetarle medicamentos o pedir analíticas para conocer su estado de salud y obtener así respuesta si sospechas que tiene alguna enfermedad.

Y, ¿de qué quieres ser médico?

-Tengo que pensarlo muy bien... Se tarda 6 años en obtener la licenciatura de medicina. Después puedo elegir una especialidad. Puedo ser cardiovasculares, es decir del corazón y de los vasos sanguíneos. Cuando el corazón se para, la vida se acaba, pues es el que bombea la sangre, haciéndola circular por todo el cuerpo.

- ¿Sabías que el corazón late de 60 a 80 veces por minuto y cerca de 100.000 veces al día?

-Sí. Y cuando quisiera oírlo, pondría el estetoscopio y oiría: tum-tum, tum-tum. Soy pequeñito pero también sé que el tabaco, el exceso de sal y una alimentación desequilibrada hacen que el corazón se ponga enfermo.

- Y, ¿Qué tal si fueras ginecóloga, Rita?

Podrías ver a los bebés dentro de la barriga de las madres y saber enseguida si es niño o niña, porque la ecografía permite verlo todo con detalle. Después, alrededor de las 40 semanas de embarazo, les ayudarías a nacer. A partir del momento en que se corta el cordón umbilical, los pulmones del bebé se llenan de aire y llora por primera vez.

-Bueno, creo que preferiría ser pediatra. Me gusta mucho el mío. Pero no me gustan las vacunas, aunque sé que son importantes. Las vacunas suelen contener parte de una bacteria o de un virus inactivado, que obligan a nuestro cuerpo a crear anticuerpos para evitar la enfermedad.

En los primeros años de vida, es importante que quedemos protegidos contra ciertas enfermedades, como es el caso del sarampión, la tuberculosis, la rubéola, las paperas, etc.

-¡Dentista! ¿Te gustaría serlo? Tendrías que tratar las caries, poner aparatos para corregir problemas en los dientes... ¡Lo peor es que también tendrías que arrancarlos! Después de caerse los dientes de leche, nos quedamos sólo con 32 dientes definitivos. Tenemos que ser cuidadosos con nuestra higiene bucal. Debemos lavarnos los dientes después de las comidas, usar hilo dental una vez al día, evitar comer muchos dulces y, si es posible, ir al dentista con regularidad.

Proyecto de Coeducación

- No, eso no. Pedro, ¿Sabes qué es una traumatóloga?
- Es el médico que trata los huesos. Y también sé que el mayor hueso de nuestro cuerpo es el fémur y el más pequeño es el estribo, que se encuentra en el oído.
- Y yo sé que el esqueleto de un adulto se compone de 206 huesos, que contienen la médula, donde se fabrican los glóbulos rojos, que transportan oxígeno a todo el cuerpo. Es una gran responsabilidad...
- ¿Sabes, Pedro? El cerebro me parece fascinante. Todo lo que aprendemos, hacemos y todas nuestras experiencias son registradas en forma de señales eléctricas que pasan entre las neuronas. Como te gustan las cosas difíciles y descubrir cosas nuevas, ¿podrías ser neuróloga!
- No sé, Pedro. Tendría que estudiar las células cerebrales y el sistema nervioso. Estemos despiertos o estemos dormidos, el cerebro controla todas nuestras acciones voluntarias (P. Ej.: andar, aprender) o involuntarias (P. Ej.: soñar).
- El cerebro es la “máquina” que soporta nuestra vida. Sin él, no seríamos humanos. Pero el cerebro todavía esconde muchos misterios por desvelar...
- El mayor órgano de nuestro cuerpo es la piel. ¿Lo sabías, Pedro?
- No, no lo sabía. Sé que es vital, porque nos defiende de las agresiones externas, controla el flujo sanguíneo y nos permite tener sensaciones (P. Eje.: calor, frío, tacto, dolor, placer).
- Si decido ser dermatóloga, les voy a decir a mis enfermos que el mayor enemigo de la piel es el sol y que deben usar siempre un protector solar.
- Vas a ayudarlos a estar más guapos, porque van a tener una piel bien cuidada y saludable.
- Practicar operaciones debe de ser complicado. La cirujano tiene que tener el pulso firme y sangre fría. Puede tener que operar de urgencia a alguien que sufrió un accidente, o salvar a un enfermo que tiene una enfermedad grave. Debe de ser fascinante ver el cuerpo humano por dentro. Quizás sea lo que elija.
- Pero, por otro lado, como me gusta la acción, también pensé en ser médico del Servicio de Urgencias. Quien llama al 112 necesita ayuda inmediata y el equipo al que se avisa para que se desplace hace de todo para salvar vidas. Papá siempre nos dice que sólo debemos llamar a este número cuando ocurre algo muy grave. ¡No debemos olvidarnos de eso!
- ¡También puedes ser veterinaria! En ese caso, tendrías que tratar con perros, gatos, vacas, cerdos, ovejas, loros y hasta con iguanas.
- ¡Cuántos bichos! Creo que es mejor decirlo cuando sea adulta. Hasta entonces, tengo que estudiar mucho.